



“Yukuin, Municipio Simojobel, Chiapas, 4 de abril de 1998”
Cristina Rodríguez / *La Jornada*

Ahora es nuestra hora, la hora de las mujeres indígenas

Guiomar Rovira Sancho

La marcha del EZLN por el reconocimiento de los derechos y la cultura indígena, la denominada Marcha del color de la tierra, partió de Chiapas el 24 de febrero del 2001 y no regresó a su lugar de partida hasta principios de abril. La delegación zapatista, formada por 4 mujeres comandantes —Esther, Fidelia, Yolanda y Susana—, 19 comandantes y el subcomandante Marcos transitó por 12 estados del país, realizó 32 actos masivos y al llegar a la capital del país logró penetrar en los espacios del poder, en este caso, el legislativo. El objetivo del EZLN con esta iniciativa era lograr el cumplimiento de los Acuerdos de San Andrés firmados con el gobierno federal en febrero de 1996 y concretados en la propuesta de ley elaborada por la Comisión de Concordia y Pacificación.

El día 28 de marzo, el EZLN logró uno de los propósitos centrales de la marcha: “defender las bondades de la ley Cocopa” ante los parlamentarios. No nos ocuparemos en el presente trabajo de los resultados de dicho proceso, ni de la ley consecuente ni del hecho de que los zapatistas fueran recibidos no en un pleno sino en una reunión de comisiones. Lo que nos interesa es aproximarnos al papel de las mujeres zapatistas y al hecho de que una de ellas, Esther, fuera la que tomara el papel principal en la tribuna del Congreso, hecho de gran fuerza simbólica que merece ser tomado en cuenta.

Ese día, las gradas de invitados del Congreso de la Unión adquirieron un colorido nuevo. Llegaban a ocuparlas hombres indígenas con huaraches y mujeres de ropas floreadas, trenzas y rebozos con bebés de pecho. Pocos se imaginaban que a las 10 de la mañana, cuando se inaugurara esa sesión, fuera una mujer indígena y encapuchada la que tomara la palabra. Medios de comunicación se agolpaban en la zona de prensa, las emisoras de radio y televisión retransmitían en directo el evento. Y a todos ellos, a todos nosotros, nos tocó mirar y escuchar a

quien muchas veces no hemos querido ver por insignificante: una mujer indígena.

“La palabra que trae esta nuestra voz es un clamor”, dijo la comandante Esther, segura y grave, con una templanza que le nacía de muy hondo conforme avanzaba en las palabras, sin ningún tono declamatorio.

No fue el subcomandante Marcos. Decepción para muchos. Todo el mundo esperaba al personaje masculino y carismático, que fuera el líder, el mito, el encapuchado, el seductor, el emblema del contra-poder, poderoso de por sí, el que arengara desde la tribuna. Esther lo sabía y lo explicó:

Nosotros somos los comandantes, los que mandamos en común, los que mandamos obedeciendo a nuestros pueblos. Al sup y a quien comparte con él esperanzas y anhelos les dimos la misión de traernos a esta tribuna. Ellos, nuestros guerreros y guerreras, han cumplido gracias al apoyo de la movilización popular en México y en el mundo. Ahora es nuestra hora.

“Ahora es nuestra hora”, dijo. Y el hecho de que fuera ella quien lo dijera puso en evidencia que las indígenas encontraban en esa hora un lugar prominente, fruto de una lucha sostenida en el interior de las mismas estructuras comunitarias, espacio ganado también por las mujeres del Congreso Nacional Indígena y en general por las mujeres del país.

Esther no nace de la nada, sino que emerge de un sector de la población femenina mexicana sumido en el olvido y el ostracismo, sometido a unas condiciones de vida infrahumanas, una violencia simbólica y física constante, un sector que no tiene papel ni reconocimiento alguno en la vida pública. Y a la vez, un sector que lucha de una manera u otra por transformarse, por emerger, por dar a conocer su situación. No en vano Esther dedicó más de la mitad de su discurso a contar sus condiciones de existencia:

No contamos con los servicios de agua potable, luz eléctrica, escuela, vivienda digna, carreteras, clínicas, menos hospitales [...]. Principalmente las mujeres son ellas las que sienten el dolor del parto, ellas ven morir sus hijos en sus brazos por desnutrición, por falta de atención, también ven a sus hijos descalzos, sin ropa porque no alcanza el dinero para comprarles...

Esther emerge desde las catacumbas del México más profundo, olvidado, vilipendiado, el de las mujeres indígenas y pobres. Y denuncia su marginación de género:

También sufrimos el desprecio y la marginación desde que nacemos, porque no nos cuidan bien. Porque somos niñas, piensan que nosotras no valemos,

no sabemos pensar, ni trabajar, cómo vivir nuestra vida, por eso muchas mujeres somos analfabetas, porque no tuvimos oportunidad de ir a la escuela. Ya cuando estamos un poco grandes, nuestros padres nos obligan a casarnos a la fuerza, no importa si no queremos, no nos toman consentimiento, abusan de nuestra decisión, a nosotras como mujeres nos golpean, nos maltratan por nuestros propios esposos o familiares, no podemos decir nada porque nos dicen que no tenemos derecho de defendernos.

El discurso de Esther conmueve por realista, por verdadero, por irrefutable. Una mujer indígena difícilmente podría alcanzar la tribuna del Congreso si no fuera porque renunciara, de una u otra forma, a su condición y se “ladinizara”, o sea, se apartara del proceso comunitario del que proviene. Pero ese no es el caso de Esther. Ella logra la tribuna por ser zapatista, es decir, rebelde al lado de las otras mujeres indígenas, sin renunciar a ellas sino incorporándolas. Pues como me dijo en entrevista: “Si no fuera por el sufrimiento, tal vez no lucharíamos. Pero con tanto sufrimiento, las mujeres empiezan a organizarse para luchar, para tener un cambio de vida”. Proceso intestino al interior mismo de la condición indígena, esta mujer representa la apuesta desesperada de un sector de mexicanas.

A partir de la participación de las mujeres indígenas en el EZLN podemos entender las claves que explican muchas de las características del zapatismo y de lo que ha ocurrido en Chiapas en los últimos siete años. En el fondo, el EZLN es un movimiento armado que ha mostrado una forma de actuar pacifista. No se puede descartar la influencia de las mujeres, expertas en resistencia, en esa forma de enfrentar la lucha. Además, la raigambre comunitaria del zapatismo —que es lo que lo define— sólo puede sostenerse con la connivencia y la participación femenina. Ni la resistencia hubiera sido posible sin las mujeres, ni Esther hubiera sido la que hablara a nombre del EZLN. Poco a poco, las indígenas se han ido haciendo más fuertes en el interior del zapatismo, tanto a nivel de discurso y propuesta como a nivel de participación, y han ido ocupando lugares, impulsando su propio proceso emancipador como mujeres dentro del marco de una lucha compartida.

“Así que aquí estoy yo, una mujer indígena. Nadie tendrá por qué sentirse agredido, humillado o rebajado porque yo ocupe hoy esta tribuna y hable”, dijo Esther, cuyo mensaje es claro: ella representa el último escalafón dentro de lo social, no queda nadie por debajo de ella que pueda sentirse “rebajado” ante sus palabras porque éstas vienen de lo más bajo, más hondo imposible. Y tiene razón. Por eso el contraste del lugar que ocupa: la tribuna, un lugar de poder —del cual están

excluidas las indígenas—, un lugar de la palabra y la política —de la cual están marginadas totalmente las indígenas—, un lugar de hombres con poder económico e intelectual, desde donde se ejerce una autoridad patriarcal mediante el discurso —espacio en el que no entran las mujeres, analfabetas, pobres.

Esther redundó en esta condición que ella representa y que irrumpía simbólicamente transgrediendo los usos de ese espacio hasta ahora vedado. Y se presentó ante una audiencia todavía desconcertada:

Mi nombre es Esther, pero eso no importa ahora. Soy zapatista, pero eso tampoco importa en este momento. Soy indígena y soy mujer, y eso es lo único que importa ahora. Esta tribuna es un símbolo. Por eso convocó tanta polémica. Por eso queríamos hablar en ella y por eso algunos no querían que aquí estuviéramos. Y es un símbolo también que sea yo, una mujer pobre, indígena y zapatista, quien tome primero la palabra y sea el mío el mensaje central de nuestra palabra como zapatistas.

Esther es solamente el nombre de lucha de una mujer cualquiera que nació en el seno de una familia indígena como cualquier otra con muchos hijos en una comunidad remota de la selva lacandona. Todo lo que pueda decirse y todo lo que se ha escrito sobre la marginación social que sufren los indígenas puede tranquilamente multiplicarse por dos o por tres para hacer referencia a las mujeres. Confinadas al hogar, es decir, a la labor de la reproducción y la sobrevivencia, carentes de palabra u opinión incluso en el propio núcleo familiar, apartadas de cualquier posibilidad de contacto con el exterior, de educación o del idioma español que les permitiría interactuar fuera de su comunidad, las mujeres han sido prisioneras de las propias culturas indígenas y de su pobreza extrema. No obstante, el EZLN logra arraigar en esa estructura comunitaria amplia, y lleva en su seno —porque le es imprescindible— la mitad del cuerpo social: el femenino.

Y aunque la comandante Esther representa a muchas mujeres, es mucho más que una mujer indígena, más que la condensación de todas esas mujeres que hemos visto a lo largo de los últimos siete años marchando en San Cristóbal de las Casas con paliacates, pasamontañas e hijos, para exigir una paz con justicia y dignidad, o esas mujeres que hemos visto en las comunidades de Chiapas enfrentando a los tanques militares con sus cuerpos y con sus bebés cargados a la espalda, o esas que han hecho posibles los encuentros selváticos de la sociedad civil y el EZLN, que han elaborando tortillas y frijoles para todos, o esas que nunca aprendieron español y mantuvieron su lengua para ellas y para

sus hijos durante siglos, o esas que se hicieron insurgentes y aprendieron la igualdad y el castigo. Esas mujeres descalzas que venden su artesanía en las calles de cualquier ciudad del país, todas las que asomaron a la vida en la miseria y el olvido. Ella además es una ruptura, es un símbolo.

Cuando pude entrevistar a Esther para *La Jornada* —faltaban apenas cuatro días para que iniciara la marcha— todavía estaba en Moisés Gandhi, en la zona tzotz-choj de Chiapas. Llevaba un cuaderno y una grabadora para registrar todo lo que hablamos. Esther es menuda, tendrá unos treinta y tantos años, delgada, viste huipil de tzeltalera, flores rosadas sobre sus hombros y pecho, falda azul de manta gruesa. Sandalias de plástico con restos de lodo del camino. Tras el pasamontañas asoma su trenza negra. En la abertura del rostro, unos ojos negros y obstinados miran.

Esther relata su infancia: “Yo cuando era chiquita me acuerdo como sufría mi mamá. A veces ni se conseguía dinero para comprar los frijoles, nomás tomamos tortilla. He pasado por eso y por la enfermedad. Y mi mamá sufría bastante porque somos varios y ya no alcanzaba, pues, el dinero. Pero mi mamá aguantó todo eso. Aunque no nos alimentamos bien, pero aquí estamos. Vivimos”.

Las mujeres, explica, se hacen zapatistas por imperativo: “Nosotras tenemos que luchar más porque estamos triplemente despreciadas: como indígena, como mujer y como pobre. Pero las mujeres que no son indígenas también sufren, por eso las vamos a invitar a todas a que luchen para que ya no sigamos sufriendo”.

La desigualdad se hace denuncia ante el Congreso y los medios que retransmiten al mundo:

Nosotras las mujeres indígenas no tenemos las mismas oportunidades que los hombres, los que tienen todo el derecho de decidir en todo, sólo ellos tienen el derecho a la tierra y la mujer no tiene derecho, como que no podemos trabajar también la tierra y como que no somos seres humanos, sufrimos la desigualdad.

En entrevista, Esther cuenta cómo ella tomó conciencia política poco a poco:

Cuando ya estoy grande empecé a ver la situación dentro de la casa, veo que no tenemos alimentación adecuada, veo que otros sí tienen y nosotros ¿por qué será que no? Mi mamá antes no salía, no participaba en las reuniones. Nomás está en la casa cuidando a sus hijos. Vi que tenía cuatro o cinco hermanitos que se murieron, entonces es ahí donde me di cuenta, ¿por qué será que se mueren mis hermanitos? Vi que es necesario luchar, porque si no hago nada, van a seguir muriendo los demás hermanos, eso pensé, y me decidí.

La participación femenina dentro del EZLN se da en todos sus niveles, desde las bases de apoyo de los pueblos, que son las mujeres que aportan su trabajo, sus tortillas, su colaboración con la guerrilla, hasta las milicias, tropas irregulares que viven en los pueblos y que son llamadas en momentos específicos. Luego están las insurgentes, que son ya la estructura armada y regular. La estructura política del EZLN está formada por el Comité Clandestino Revolucionario Indígena, que no participa en el tema de las armas, pero que se encarga de la organización en las comunidades, las zonas y entre las distintas etnias. Ese último es el lugar de los y las comandantes, el que ocupa Esther junto con muchos otros; ella es representante de mujeres y responsable de organizarlas, tarea nada fácil en una sociedad cerrada y terriblemente machista como la indígena en Chiapas, donde no hace mucho, las mujeres valían menos que una vaca. Utilizadas como animales de carga, vejadas y maltratadas por la pobreza y por el alcoholismo de sus esposos, muchas encontraron en el zapatismo una forma de mejorar su vida. Las familias que se integraban en la organización estaban obligadas a dejar el trago, y las mujeres pasaban a participar en asambleas y a hacer trabajos colectivos. El EZLN se presentaba, entonces, como una opción distinta a una vida predeterminada como una fatalidad en la explotación de género.

Desde los inicios, en 1983, de su estructura guerrillera, el EZLN contó con mujeres, hecho que condujo a un proceso paulatino de incorporación femenina. No sólo las que ya formaban parte de las fuerzas insurgentes llamaban a otras a tomar su camino, sino el mismo ejemplo que representaban para las indígenas rompía lo inexorable del destino femenino indígena. Esther cuenta: "A mí me dio mucha fortaleza ver que hay mujeres que se decidieron a ser soldados y esas mujeres ahora ya tienen grado insurgente de capitán, de mayor, de teniente. Ahí vemos que sí las mujeres podemos".

Pertenecer ya no al marido, sino a la causa zapatista, fue para muchas una forma de promoción personal. Las muchachas aprendían a vivir en igualdad y a hacerse valer, ponían en juego sus aptitudes y destrezas, y recibían una formación que en sus comunidades nunca iban a tener, pues la escolarización de las niñas es casi inexistente. Por ejemplo, Esther cuenta no sin cierto orgullo: "Cuando era yo chiquita no sabía hablar en español. Fui a la escuela pero ahí no aprendí nada. Pero cuando ingresé en la organización (el EZLN) aprendí a escribir y a hablar español, lo poco que sé, estoy haciendo la lucha, pues".

Esther no se incorpora a las filas armadas, sino al trabajo con mujeres en los pueblos, a pesar del rechazo de los hombres o el miedo y conformidad de las indígenas:

La verdad me costaba mucho, los hombres no entendían, aunque yo siempre les explicaba que es necesario luchar para que no todo el tiempo estemos muriendo de hambre. A los hombres no les convenía, según los hombres la mujer nada más sirve de tener hijos y deben cuidarlos y mantener a los animales que están en la casa. Y también hay algunas mujeres que eso ya lo tienen metido en la cabeza. Entonces yo no les gustaba, algunos hombres decían que no está bien, que las mujeres no tienen derecho de participar, que la mujer es una tonta. A veces algunas mujeres dicen "yo no sé nada", "yo soy tonta"... Yo siempre enfrenté eso, les explicaba que no es cierto, que sí somos mujeres pero sí podemos hacer otros trabajos. Entonces así poco a poco entendieron los hombres y las mujeres también, por eso ahorita están luchando las mujeres, por eso ustedes saben que aquí en nuestra lucha no nada más los hombres están luchando sino que estamos luchando juntos.

La organización de las mujeres dentro del zapatismo se empeña en formar parte siempre de la causa compartida por los dos sexos aunque asumida desde su peculiaridad. Es común que las zapatistas remarquen siempre que están luchando "juntos"; necesitan remarcar que su lucha es parte integral del EZLN. Igual de sorprendente —y seguramente merecería un análisis aparte— es la manera en que entienden su feminismo, como un proceso en el que no aceptan intrusiones foráneas, sino como un ejercicio paulatino, de ellas con ellas y de ellas frente a la comunidad, con trabajos colectivos, nuevos derechos que poco a poco se van haciendo valer, y, a veces, siempre inevitable, un paso adelante y dos atrás en las vidas personales y en el hogar. Todos los intentos de acelerar el proceso por parte de mujeres de afuera han resultado infructuosos, pues una vez que se van las asesoras, ellas vuelven al mismo punto y retoman su camino de tiempos largos.

La lucha de las mujeres al interior del EZLN llevó muchos años de disputas, problemas y enfrentamientos familiares y comunitarios. También dentro del Comité Clandestino el tema se volvió candente, así como entre los insurgentes. El resultado de tanta refriega fue que se promulgara en 1993 una Ley Revolucionaria de Mujeres que les reconocía el derecho a participar en la lucha, el derecho a elegir pareja, a determinar el número de hijos y a vivir en igualdad de condiciones, entre otros.

Después de siete años de promulgada la ley, las comandantes confiesan que siguen batallando para hacerla cumplir: por ejemplo, en el capítulo en que dice que las mujeres tienen el derecho a decidir cuántos

hijos quieren tener, “todavía las mujeres zapatistas estamos luchando para que se respete en nuestras comunidades, pues hay lugares en los que todavía los esposos las obligan a embarazarse, además de que no tienen información de cómo evitar un embarazo”. En su segunda cláusula, la ley dice que “las mujeres tienen derecho a trabajar y recibir un salario justo”. Otra vez un precepto difícil de imponer, pues “a veces las mujeres trabajan en jornal o en otras tareas, pero no reciben dinero a cambio, sino que su paga se la dan a los hombres, ya sean sus esposos o papás”.

Respecto del derecho de participación en la organización y en la comunidad, también recogido en la Ley Revolucionaria de Mujeres, es donde más han avanzado, aseguran ellas, puesto que ya forman parte de las asambleas de los pueblos y su palabra tiene peso. Además, en las iniciativas del EZLN siempre han logrado participación. La más significativa a este nivel fue la Consulta por el Reconocimiento de los Derechos y la Cultura Indígena, cuando salieron en términos paritarios 2 500 mujeres y 2 500 hombres de las bases de apoyo zapatistas para recorrer en parejas todos los municipios del país difundiendo los acuerdos de San Andrés. Esta experiencia sin precedentes, de la cual existen pocos testimonios publicados, fue un esfuerzo monumental de las mujeres indígenas. Para muchas significó su amanecer político, por primera vez salían más allá de su horizonte comunitario, viajaban a lugares insospechados y eran recibidas por gentes desconocidas que las acogían con admiración y de la forma más respetuosa —no como “pinches indias mugrosas”, como han sido recibidas las que han tenido que salir, siempre por hambre y desesperación, de sus pueblos. Asistían a mítines, se veían obligadas a explicarse y, en resumidas cuentas, se enfrentaban a lo diferente, al exterior, a “salir” (en el sentido más psíquico) y hablar ante gente que quería escucharlas. Qué diferente ese trato, al trato denigrante y racista al que están acostumbradas y que Esther expuso ante el Congreso:

A nosotras las mujeres indígenas nos burlan los ladinos y los ricos por nuestra forma de vestir, de hablar nuestra lengua, nuestra forma de rezar y de curar, por nuestro color que somos el color de la tierra que trabajamos, siempre en la tierra, porque en ella vivimos. No nos permiten nuestra participación en otros trabajos, nos dicen que somos cochinas, que no nos bañamos por ser indígenas.

Las 2 500 mujeres que promovieron la consulta entre el 14 y el 21 de marzo de 1999 —junto a 2 500 hombres— regresaron a sus comunidades de una forma u otra irremisiblemente distintas. Las esperaban

sus madres, hermanas, hijas, vecinas, abuelas, amigas, comadres... Durante meses, los tantos relatos de vivencias de la consulta fueron infinidad de veces contados y repetidos, convertidos en historias colectivas y compartidas por las mujeres de los pueblos que intentaban asimilar esa nueva imagen de sí mismas: ya no una mirada de desprecio o de insignificancia, sino la mirada atenta de gente que compartía su lucha, "gente que nos dice que no estamos solas", explicaría Felisa. Así se mitiga el dolor del "olvido", tal como Esther dijo en su célebre discurso: "Sufrimos el olvido porque nadie se acuerda de nosotras, nos mandaron a vivir hasta en el rincón de las montañas del país para que allá no llegue nadie a visitarnos, a ver cómo vivimos".

Para las zapatistas, la misma escuela es la lucha, y el hecho de participar vuelve irreversible un proceso lento pero real de cambio. Ya hay mujeres indígenas preparándose para ser maestras, profesión antes reservada a los hombres. Y ya hay quienes están ejerciendo como tales. Ya hay muchas que han salido de casa, como en la célebre película *La sal de la tierra*, y muchos esposos que mientras ellas han estado "haciendo otros trabajos" han tenido que cuidar a la familia, superar la indignación y aceptar a la mujer como compañera, en los mejores casos. Ya muchas han podido reclamar un trato justo del marido, quien, de repente, se ha visto sentado en el banquillo de los acusados en una asamblea de su comunidad y castigado por la decisión colectiva en un tema que antes se consideraba inviolable: la propiedad privada y el silencio de la esposa.

Esther comenta esos cambios:

Antes la mujer no participaba en las reuniones, en la asamblea, pues su esposo no lo dejaba. Ahora los hombres ya entienden, la mujer puede ir en las reuniones y el hombre se queda en casa cuidando a los animales. Ahora si los hombres sí ven que hay mucho trabajo dentro de la cocina, ayuda a su esposa o a su compañera. Antes no lo hacía, ahora sí, hay un cambio.

Pero lo que no ha cambiado son las condiciones de vida de estas mujeres, impensables, terribles, de extrema pobreza. Y si la miseria tiene un sexo y un dolor es el de las mujeres. La señora J. dio a luz este mes de mayo del 2001 a un varón de más de tres kilos y muerto. Vive en La Realidad más real. Su desnutrición extrema no le impidió gestar a un bebé grande al que, sin embargo, no logró parir vivo. Dicen otras mujeres del pueblo que esa mujer de ya casi 40 años y más de media docena de hijos no tuvo fuerzas suficientes para el parto. Días después ella seguía en cama —es decir, en una tabla—, sin recuperarse ni de la

tristeza ni del cuerpo agotado por completo. No puede pararse, parece como si no quisiera ya seguir. Su cuerpo ni siquiera aguanta una dosis de vitaminas, le provocan vómito.

Como ella, cuántas otras. Flacas, depauperadas, viviendo de un embarazo a otro, sin apenas comida para ellas, pues siempre los hijos son más importantes, sin atención médica ni ginecológica de ningún tipo. En estas condiciones de absoluta lucha por la sobrevivencia, es admirable cómo muchas todavía tienen algunas ganas de creer en algo y dar la batalla por organizarse y participar. Es su condición humana que se impone sobre las condiciones brutales —inhumanas— que sufren en sus cuerpos.

Así lo expresó de forma estremecedora otra comandante que participó en la marcha, Fidelia, tojolabal y analfabeta, el Día Internacional de la Mujer, ante una plaza abarrotada: “Los invito a que luchemos juntos contra este monstruo que traemos en el cuerpo y que nos ataca y que es una pobreza muy grande. Ayúdennos a lograr ese derecho que nos falta para arrullar con dulzura a nuestros hijos. Nosotras, las mujeres feas, con su rostro todo tapado, pero no está feo nuestro corazón y estamos dispuestas a luchar hasta morir”.

La multitud reaccionó al instante: “ ¡No están feas, no están feas!”, lema que ha calado hondo, quien sabe si por la interpretación de un cronista o por el sentido de las palabras.

Esther diría ante el mundo:

Así es de por sí la vida y la muerte de nosotras las mujeres indígenas, y nos dicen que la Ley Cocopa va a hacer que nos marginen... ¡Es la ley de ahora la que permite que nos marginen y nos humillen! No les cuento esto para que nos tengan lástima o nos vengán a salvar de esos abusos, nosotras hemos luchado por cambiar eso y lo seguiremos haciendo...

Susana y Yolanda

No es fácil juzgar el avance de estas mujeres resueltas a una lucha como la zapatista. Entran en juego las entrañas, la empatía, la comprensión profunda de su marginación y su dolor. Y como siempre, a pesar de todo, sus colores, sus risas, sus hijos, sus moños y rebozos, sus bordados, el ritmo de sus manos trabajando. Supongo que por eso otras dos de las cuatro comandantes que participaron en la marcha, Susana y Yolanda, me decían con total sinceridad cuando yo les preguntaba por

qué sólo iban cuatro mujeres en la delegación zapatista: “Es que ese es el avance que tenemos”.

Susana, promotora junto con Ramona de la Ley de Mujeres en los Altos de Chiapas, es una veterana del zapatismo. Ella empezó en la organización muchos años antes del amanecer del 1994. Sólo hablaba tzotzil, esa es la única lengua que necesita para comunicarse con las mujeres de los Altos. Susana formó parte de la delegación que negoció en San Andrés con el gobierno federal. Y ahora en el 2001 marchó al Distrito Federal. Su español es hoy mucho más fluido que la primera vez que la entrevisté, con todo y que su timidez —discreción— la hace parca en palabras, como si sintiera que ella no tiene mucho que decir, al revés de Esther, que tiene tanto que expresar que logra ser concisa y explícita a la vez. Pero el laconismo de Susana es abrasador, su presencia se impone como testigo moral y testimonio de todo lo que ha ocurrido en la larga lucha de las mujeres. Es la voz y los ojos de muchas tzotziles que conocerán a través de ella todo lo sucedido en esta marcha.

La comandante Yolanda, también tzotzil, no se separa de Susana. Viste blusa azul y “nagua” de lana cruda, como chamula, su palabra es fluida y sabe escribir. Ella se indigna contra las voces que arguyen que al reconocerse constitucionalmente las costumbres y tradiciones de los pueblos indios no se respetarán los derechos humanos de la mujer.

No han leído bien, porque la ley de la Cocopa dice (lee de su cuaderno): “los pueblos indígenas podrán elegir a sus autoridades y ejercer sus formas de gobierno interno con autonomía, o sea de acuerdo a sus costumbres y cultura, pero siempre cuidando la participación de las mujeres que son iguales con el hombre”.

Para Yolanda, “eso significa que en la Constitución estará la participación de la mujer indígena, además que esa ley dice muy clarito que se deberá respetar ‘la dignidad e integridad de las mujeres en la solución de cualquier problema’”.

El tema de los usos y costumbres, argumento con el que muchos se han opuesto al reconocimiento de los derechos indígenas, es una excusa, dice, aunque

es verdad que hay costumbres que no son tan buenas, por ejemplo la borrachera, ni la de casarse a la fuerza... Lo que hacemos nosotras es luchar para cambiar, para que se mejore. Pero tenemos también una cultura que no se puede perder, la forma de trabajar, de hacer las artesanías, nuestras lenguas... Nosotros no queremos que seamos un país aparte, queremos que nos incluyamos pues en la ley mexicana.

Susana defiende con vehemencia el sentido de la ley de la Cocopa:

Queremos que se respete los derechos indígenas, porque nuestra lengua es lo más importante, es muy bonita, también nuestros trajes regionales, porque ahora hay mucha gente que se lo quita, que dicen que ya tienen vergüenza de usarlo. También hay personas que ya tienen vergüenza de hablar en nuestra propia lengua. Eso yo creo que no está bien, porque nosotros somos indígenas y no vamos a tener vergüenza de ser lo que somos, porque todo lo que tenemos es nuestra cultura y es real.

En la página de Internet oficial de la marcha del EZLN (ezlnaldf.org), aparece una galería de fotografías de los 24 delegados. Bajo la foto de Susana están algunas de sus palabras, donde dice: "Ser indígena representa que tenemos pensamiento, que tenemos dignidad y que necesitamos derechos". A su lado, Yolanda escribe: "Yo como indígena me siento importante como mexicana, porque tenemos la historia de nuestros primeros padres, que ellos también fueron indígenas y lucharon también como nosotros para no desaparecer".

Camilo chiquito, el hijo de Adriana, quien asiste a la entrevista como fotógrafa, atrae los ojos de Susana y de Yolanda. Al fin y al cabo, las mujeres indígenas siempre están en relación con los niños, los hermanos, los hijos, los nietos, son parte de su entorno. Entre niños parecen sentirse en su medio, y el hecho de que las mestizas tengamos hijos las hace sentir que sí somos bastante iguales a ellas, mujeres también. No pueden disimular el brillo en los ojos, la entrevista pierde interés, las atraen más las manitas de Camilo que intenta gatear. La larga galera de Oventic nos cobija de una lluvia incesante y fina, como que el aire estuviera mojado, la bruma no abandona a estas gentes que parecen cargarla en lo más profundo de su alma, en esa paciencia, esa reserva; pueblo sumamente espiritual, murciélagos.

En este paisaje Yolanda relata su toma de conciencia:

Yo no me había dado cuenta de nuestra situación, hasta yo misma creí que así era porque los ancianos cuentan una historia de que el sufrimiento es porque Dios quiere así, que nos conformemos. Cuando yo estaba un poco más grande encontré la palabra de la organización (EZLN). Entonces me di cuenta de que tampoco sirve conformarse, morir así en la pobreza. Y ahí es donde me animo también a integrarme a la lucha, me puse a platicar con los pueblos y a animar a las otras mujeres.

No fue fácil, todavía no lo es:

A los hombres les está costando para poder llegar a entender completamente lo que pedimos como mujeres. Nosotras pedimos que tengamos un derecho y que los hombres nos den libertad y que lo entiendan que tenemos que luchar por lo mismo junto con ellos. Que aprendan a que no les caiga mal

que nosotras estemos ahí participando, porque antes nunca íbamos a las reuniones y a los encuentros. Ahorita somos pocas las que llegamos (en la marcha), pero de todas maneras se está abriendo camino.

La resistencia

Desde la declaración de guerra del EZLN al gobierno de México el primero de enero de 1994, las mujeres zapatistas han sufrido la represión y la presencia del ejército en sus comunidades. Las ONG calcularon que eran 70 000 los soldados instalados en Chiapas. Ha habido violaciones, asesinatos, han aparecido grupos paramilitares al amparo de la militarización, también la prostitución, el sida y las drogas han venido de la mano de la guerra. La vida no ha sido fácil.

Susana explica:

Hemos sufrido la presencia de los ejércitos todos estos años. Y las que más sufrimos somos las mujeres porque no podemos caminar, no podemos salir solas a buscar nuestra agua o nuestra leña porque le tenemos miedo a los soldados, porque siempre están en los caminos, a veces abusan de las mujeres, nos detienen en los caminos, nos revisan, nos quitan tiempo, nos amenazan, sí nos hacen la vida difícil. No nos gusta que estén, no los necesitamos, porque nos sabemos cuidar solas.

La vida cotidiana en los pueblos se vio alterada con la masiva presencia militar y las mujeres tuvieron que aprender a convivir con el miedo. Ha habido violaciones en los retenes, como ocurrió en Altamirano contra tres mujeres, desplazamientos de pueblos enteros ante la ofensiva de febrero de 1995, o muertes como la masacre de Acteal en diciembre de 1997 cuando 45 indígenas —mayoritariamente mujeres y niños— fueron asesinados. Ha habido detenciones y cárcel contra los líderes de los municipios autónomos; heridos, muertos, refugiados. Ha habido intentos de negociar con la miseria y comprar deserciones, dividir comunidades con dinero por parte del gobierno. ¿Qué no habrá pasado en siete años de guerra soterrada?

Yolanda dice:

La verdad, resistimos, aunque de por sí ya tiene años que empezó. A pesar del sufrimiento, aquí estamos todavía, si no fuera que no hubiéramos resistido ya no estuviéramos. Aunque nos han pasado muchas cosas, no por eso nos hemos rendido, hemos podido, pues.

Doña Herminia, mujer tojolabal centenaria, murió en el exilio, antes de que los militares abandonaran el pueblo que ella logró abrir en la

selva, Guadalupe Tepeyac. Murió con la tristeza de no hallar todavía tras su larga vida de penurias un lugar donde imaginar una existencia mejor para sus bisnietos. Herminia nació en una finca, huyó de la esclavitud con su esposo e hijos a la selva lacandona, en busca de tierras, abrió la vida en medio de la vegetación hostil, luego se hicieron todos zapatistas y ella también. A causa de la ofensiva militar de febrero de 1995, Herminia cargada por sus descendientes en una camilla improvisada con dos palos, subió a la montaña, huyó de un pueblo a otro. Tuvo que morir en el exilio y con el corazón encogido en el nuevo poblado que los guadalupanos lograron abrir, de nuevo, en la espesura selvática.

La resistencia. El exilio. El dolor. La viudez, la cárcel, la maternidad, la enfermedad de los hijos y el miedo. En comunidades como La Realidad, han vivido varios años con un patrullaje constante de 40 vehículos diarios. Soldados amenazantes con sus armas apuntando a las casas recorren el pueblo en sus tanques y "hummers". Los niños sienten el temblor de la tierra cuando el convoy se acerca. Corren a esconderse tras las tablas de las humildes chozas. Un helicóptero de "periodistas" destruyó el techo de una escuela. Los aviones cercan el cielo, sobrevuelos amenazantes. Las mujeres han sufrido innumerables casos de gastritis, de depresiones, enfermedades nerviosas, migrañas. Pero han aguantado todo eso pues no han tenido más remedio: "Desde que empezó la guerra el mal gobierno ha metido a los ejércitos, pero siempre quien ha enfrentado ese problema son las mujeres. La militarización ha sido muy dura, pero las mujeres no han tenido miedo, han salido a correr a los soldados, ahí vemos que las mujeres sí tienen fuerza, no con armas sino ya con la fuerza y con el grito, vemos que sí podemos como mujeres", me contaría Esther.

Como ella dice, hubo momentos de la resistencia que lograron unir a las mujeres. Las fotos y videos son fiel testimonio de cómo durante todos estos años muchas incursiones militares han sido repelidas por una marabunta de mujeres. Salir juntas "a correr a los ejércitos" se convirtió en algunos lugares en una forma de cohesión y fortalecimiento. Convertidas en protagonistas, convencidas de su poder al ejercerlo con puños y piedras, las mujeres aprendieron a apoyarse en sí mismas para la resistencia. Esther explica:

Vimos que no teníamos nada y nosotras mismas nos preguntamos ¿quién nos va a dar si nosotras no hacemos nada? Nosotras mismas tenemos que trabajar para lograr un cambio, apoyarnos para tener lo poco que necesitamos. Entonces las mujeres empezaron a trabajar, a organizarse en colectivos,

ya sea de panadería, de hortalizas, de otras cosas más. Vemos el resultado: ya nos ayudamos entre nosotras. El trabajo que hacemos, si lo vendemos, nos ayudamos en dinero, y si no, nos repartimos y ya es algo para nuestra alimentación. Ese es el avance.

Yolanda es optimista:

Creo que vamos a lograr el cambio como nosotras queremos, sí se va a lograr, porque veo que muchas mujeres se están organizando, ya no nada más las zapatistas, hay otras organizaciones. Nosotras las invitamos también y así más fuerza vamos a tener, entre todas lo vamos a lograr.

Según Esther, se ha logrado que las niñas en las comunidades zapatistas crezcan con algo más de igualdad:

Si hablamos la verdad, pues sí, ya hay un cambio, no es como antes, ya se llevan bien el niño y la niña. Nosotras mismas les explicamos a los niños y a las niñas que haya respeto, pues somos iguales, no puede ser que si el niño puede hacer un trabajo, la niña no. Las niñas y los niños van a la escuela. Y ya no nada más ellos, sino también las mujeres grandes, porque ahí aprenden bien, los hombres también van. Porque nosotros mismos ya nos organizamos y ya no estamos en la escuela del gobierno, sino nuestra educación autónoma, ahí entramos todos. Por eso nosotros estamos construyendo desde la base, si quieren ver ese es el periódico mural que hicimos, ese es nuestro trabajo (señala un gran mural).

Tiempos largos, pasos certeros pero extendidos. La paciencia es una de las características que se atribuyen a las indígenas. Y la falta de premura la comprobamos ante las palabras de Esther, cuando le pregunto qué le gustaría hacer cuando ya se logre la paz: "Yo no te puedo decir ahorita que me gustaría hacer entonces porque todavía nos falta bastante. Nosotras empezamos y no sabemos si lo vamos a ver, pero tenemos esperanza de que sí, aunque ya no lo veamos nosotras, las demás sí lo van a ver el cambio que anhelamos."